A veces la mañana nos sorprendía en la estación del metro, fumándonos el último cigarro y todavía con los sueños a medio evaporarse. Verónica con los ojos brillantes, como si la noche hubiera transcurrido por aquel par de ventanas oblicuas sin detenerse. Extrema delgadez; el pelo protegiéndola: de las noches sin dormir y del miedo; de los ladrones, que de todas maneras no encontrarían qué, del amor, que prefería negarse y esperar a que su mata de pelo, que la ocultaba un poco entre la salvajez y el misterio, apaciguara su brío.

Margarito Cuéllar

En nuestros arrebatos líricos escribíamos poemas. O lo que concebíamos como poemas. En realidad eran recortes de periódicos con mensajes a mano, en gruesa tinta roja o verde; tipografía dispersa, moscas, palabras, putas chillando sobre la hoja, en la pared, en los cuerpos. Carbón, tinta, manchas oscuras en busca de una respuesta, un abismo o un plato de lentejas.

"Imposible, seremos el Dueto Imposible", escribió Verónica en el espejo, después borró la frase con la mano emulando una despedida. Los dos sabíamos de sobra que la época de los duetos y los tríos era asunto del pasado, que ahora ya nadie le pone atención a dos o tres locos que le echan azúcar a una letra y revuelcan una vieja canción como si se tratara de despescuezar una gallina, pero estábamos tan entusiasmados que preferíamos ahogar nuestras palabras y tragarlas despacio a ver si así les bajábamos los ánimos al hueco del estómago.

Ya con la guitarra, en los camiones y los mercados la cosa no pintaba tan mal. El hambre se convirtió en historia y como historia se petrificó en el pasado, hasta que dejó de existir. El presente nacía con el pie derecho. El Dueto Imposible recorría la ciudad. La gente nos apoyaba. El tiempo transcurría. El repertorio musical seguía creciendo. La guitarra sonando. Bolereando la voz. Nos hicimos imprescindibles, primero en los bailes del barrio. Tiempo después, poco antes de que se apareciera Dolly, empezamos a alternar con cuanto ídolo aterrizaba en la ciudad.

Planeábamos las canciones de lo que sería nuestro primer disco cuando Dolly se nos apareció sonriente en la parada del camión. Que nos había oído cantar, que teníamos talento, que no se explicaba por qué cantábamos en los camiones, si se ve que traíamos la música a flor de piel y que qué sensibilidad.

Se dirigía sólo a Verónica. A mí me dio mala espina. Primero pensé que la güera era contrabandista o tratante de blancas, piñera o lesbiana. Representante musical a leguas se veía que no, aunque tenía muchos contactos, teléfonos particulares y correos electrónicos, bien ordenaditos en su agenda. De que conectaba algo conectaba, el chiste era saber si el conecte era bueno o malo para el dueto.

Dolly terminó por convencernos. Yo con cierto recelo, sobre todo al principio. Verónica entusiasmada. Se imaginaba en los grandes escenarios del mundo. Es que no sabes tu potencial, *haney*, le decía Dolly, si estuvieras en el cielo créeme que tu voz ya hubiera provocado un motín, no es por nada pero tienes